

UNA FICHA SOBRE LA POESIA DE JOSE ALBERTO SANTIAGO

En José Alberto Santiago se cumple esa prueba de veracidad que consiste en una ajustada correspondencia entre una forma de vivir y el resultado de una obra literaria. Respecto a su vida, yo diría que, así como hay ideas expresadas en endecasílabos, la existencia de José Alberto Santiago está contenida en su modestia. Diría que ha conseguido hacer habitar dentro de su apariencia tranquila, un poco monacal, a sus años, algunos de ellos particularmente turbulentos. Ustedes pueden verlo, en cualquier momento, accionando con suavidad, hablando en voz nunca muy alta y vestido sin estridencia—todo lo más se permite el uso de chalecos—. Se diría que es un hombre víctima de la buena educación, un hombre para quien la existencia hubiera sido, desde la infancia, una línea continuada: beber con moderación, estudiar y trabajar en horas previstas, descolgar el teléfono durante la siesta, enrollar los tubos de la pasta dentífrica conforme se vacían, acostarse a las once de domingo a viernes y a las doce los sábados. Puede pensarse algo de esto observando su taimada sonrisa. Pero detrás de esa sonrisa hay una dentadura hecha pedazos, y también una vida llena de imágenes contradictorias, inquietas, incluso aterradoras. Por ejemplo, padeció un terremoto, padeció cárcel, padeció neurosis autodestructiva. Alguna vez estuvo a punto de suicidarse. Se enamoró varias veces y sufrió como un perro. Fue desgraciado y fue cruel. Hizo política, disparó armas, le pegaron una vez entre varios. En su país han quedado objetos de su propiedad que no trajo a España: uno de ellos es una pistola. Dirigió e interpretó teatro, leyó con avaricia, escribió un baúl de cuartillas. Hay una fiebre por toda su existencia, arrastrándose desde hace muchos años por las cosas que mira y toca, impregnando su relación con los demás. Hasta el hecho de que sea perito mercantil pierde en él ese carácter cuadrículado que apresuradamente solemos imaginar en tal actividad: pues se ha hecho perito mercantil en medio de sus actuaciones teatrales, sus crisis, su trato apasionado con las mujeres, su pistola; en fin, de-

bió ir hacia la partida doble como un energúmeno. Desconfien de su plácida apariencia: guarda la posibilidad de un loco; en efecto, durante una de las incalculables revoluciones argentinas, este salvaje se hizo acreedor de varias menciones como premio al valor. Puedo añadir que, en sus primeros días de vivir en España, las complicaciones de una borrachera lo tuvieron mes y medio en un hospital y le hicieron necesarias varias transfusiones de sangre. Dicho de otro modo: su modestia no es otra cosa que la tapa de un baúl lleno de una aventura vital incalculable.

Y bien: con sus poemas sucede lo mismo. Una apariencia correcta, modestísima, casi inadvertida, que se puede prestar a equívoco. En una época como ésta, en que se está desarrollando una especie de angustia de las formas expresivas, José Alberto Santiago escribe invariables endecasílabos asonantados. O endecasílabos blancos. O sonetos. Su adjetivación es tan excelente que suele pasar inadvertida. Casi nunca condesciende a resultar brillante: eligió resultar expresivo. Lo pintoresco, lo extraordinario, consiste en que cuando uno lee esos poemas, olvida aceleradamente que las ideas que contienen están asonantadas o rimadas. La causa es simple: esas ideas están vivas, se mueven y dilatan sus límites; y los desintegran. Expresadas en técnicas carentes de toda grandilocuencia, incluso introducidas en temas de apariencia sencilla o hasta banal, resultan a veces brutales, de puro evidentes. Expresadas dentro de una constante de modestia, se transforman, por su propia dialéctica, en un acontecimiento. Es el secreto de la madurez. En realidad, no era exclusivamente modestia: era también la seguridad, la solidez del conocimiento. Aparte otros muchos resultados que pueden extraerse de la obra de José Alberto Santiago, yo encuentro en ella uno muy visible: el de que es justamente en la cotidianidad donde reside la auténtica situación extrema. La situación límite no asomó únicamente en el sacrificio espectacular, en el suicidio o en el crimen: habita también en los días, los años, las décadas. El, que alguna vez ha disparado y ha sido blanco de disparos, que alguna vez pensó suicidarse y puede que hasta deseara la desaparición de otros, sabe muy bien que todo eso no es lo único digno de pasión o de horror: también la vida cotidiana es digna de pasión y de horror. Y ahora vemos que el uso del insignificante endecasílabo y el uso de la corbata impersonal no eran gratuitos: al servir

de conducto a la turbulencia de la plenitud establecían de un modo muy visible un hecho que es a la vez filosófico, existencial y estético: la vida es siempre profunda, extrema, maravillosa y brutal, aunque sea pensada en minutos. O, como decía un viejo amigo: el mundo es más grande de lo que dice la geografía. Una vez más he comprendido esa severa, humanista y sobrecogedora verdad en la obra poética de José Alberto Santiago.—FÉLIX GRANDE.